

en los términos mas conciliativos. Deseando que nadie dudase de su lealtad en el servicio del rey, envió con el mismo sacerdote dos cartas mas; una para el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, y la otra para el antiguo secretario de Velazquez, Andrés de Duero. El ardiente anhelo de Cortés era evitar una lucha entre españoles, que tenia que producir graves males á los intereses de la corona.

El ilustrado religioso entregó al jefe de la expedicion el pliego que para él llevaba, y esperó á que lo leyera. Narvaez estrujó con ira el papel entre sus manos, y se expresó en los términos mas ofensivos contra el que habia declarado su enemigo. El padre Olmedo se atrevió á decirle que le habian informado mal del hombre á quien juzgaba desleal. Le aseguró que era un verdadero servidor del monarca, y que su comportamiento era digno de los mayores elogios. Narvaez, que se hallaba envanecido por la fuerza con que contaba, se manifestó indignado y aun pronunció palabras ofensivas contra el venerable sacerdote (1).

No se desanimó el buen sacerdote por la obstinacion del favorecido de Velazquez en no avenirse á un arreglo amistoso. Celoso del cumplimiento de su deber, pasó inmediatamente á visitar al licenciado Ayllon y al secretario Andrés de Duero, á quienes entregó las cartas de Cortés. Ambas se reducian á suplicarles que interpusiesen su influencia y su respeto con los oficiales y los soldados, infundiendo en ellos el espíritu de avenimiento. El padre Olmedo les refirió el enojo que en Narvaez habia producido la respetuosa carta de Cortés y lo mal prevenido que le

(1) «E porque el fraile respondió que antes éramos muy leales servidores del rey, le trató mal de palabra.»—Bernal Diaz.

veia para entrar en un arreglo pacífico. El licenciado Ayllon, lo mismo que el secretario Andrés de Duero, elogiaron la conducta noble de Hernan Cortés, y le prometieron poner todos los medios que estaban al alcance de ellos para conseguir que no se disparase un solo tiro. En las conversaciones con varios oficiales y soldados, el padre Olmedo manifestaba á todos el laudable deseo que animaba á Cortés de celebrar un arreglo conveniente; inclinaba el ánimo de los oyentes á la paz, y repartia con acertado tino y discrecion valiosas joyas que, con ese objeto, le habia dado el caudillo español. La respetable opinion del licenciado Lucas Vazquez de Ayllon y de Andrés de Duero, en favor de las proposiciones hechas por Cortés; las elocuentes palabras del venerable religioso, enalteciendo la patriótica intencion del generoso jefe que le habia enviado; los elogios que de su liberalidad hacian el escribano y el sacerdote Guevara, formaron un partido numeroso en favor de Cortés, ó al menos de sus proposiciones para un avenimiento.

La tropa veia las ricas joyas regaladas por el jefe del ejército que iban á combatir, escuchaba ponderar su amabilidad y franqueza, y no podia menos que sentir simpatías hácia él. Pánfilo de Narvaez no habia dado á sus soldados ni una manta, ni una joya de las muchas que habia recibido en los presentes hechos por los gobernadores de las poblaciones de la costa. Comparaban su ruindad con las valiosas dádivas de Cortés; la afabilidad de éste, con la altanería de su general; y estas comparaciones, nada favorables para Narvaez, iban dando por resultado la popularidad de su rival.

Las conferencias que el padre Olmedo tenia con varios capitanes en favor de la paz y de las proposiciones de Hernan Cortés, llenaron de indignacion á Pánfilo de Narvaez. Exaltado de ira, hizo comparecer al respetable religioso, y le dirigió, delante de varios oficiales, frases durisimas y altamente injuriosas. Le llamó fomentador de traiciones, y le hubiera puesto preso, si no hubiera mediado en su favor el secretario Andrés de Duero. Narvaez comprendió que habia estado demasiado severo con el sacerdote, y trató de remediar su falta usando de las atenciones debidas á su elevado carácter. Sin embargo, para evitar que continuase inclinando el ánimo del soldado á un avenimiento con su rival, le mandó que regresase á Méjico. El religioso obedeció; pero en el ejército quedó sembrada la idea ventajosa hácia Cortés, que debia fructificar con mas ó menos abundancia.

La conducta de Narvaez, obstinándose en no querer escuchar las proposiciones del general contrario, que se manifestaba dispuesto á un avenimiento, disgustó en extremo al oidor Lucas Vazquez de Ayllon. El sincero licenciado manifestó que el interés de la patria exigia que, antes de dar el escándalo de un rompimiento entre españoles, se debia convocar una junta de los principales capitanes del ejército, á fin de que se discutiese sobre la resolucion que seria mas conveniente tomar. Lo contrario era dejar el servicio de la corona y la vida de los que formaban la expedicion al capricho de un solo hombre. Notable efecto produjo esta opinion entre oficiales y soldados. El licenciado Ayllon era un respetable miembro de la Audiencia de Santo Domingo, y nadie podia dudar de que el de-

seo del buen servicio hácia el rey dictaba sus palabras. Pánfilo de Narvaez, resuelto á atropellar por todo antes que ceder de su propósito de aprisionar á Cortés, mandó prender al ilustre oidor y que lo llevasen, en uno de los buques, á la isla de Cuba, para entregarlo al gobernador Diego Velazquez. La órden se ejecutó con asombro del ejército, que veia ultrajada la dignidad de una persona que pertenecia á uno de los cuerpos mas respetables de las colonias (1). Ayllon logró atemorizar al capitan del buque que le llevaba, diciéndole que la Audiencia se quejaria al rey del atropellamiento cometido con uno de sus miembros. La arbitrariedad y el desacato, añadió, no podrian quedar sin castigo, y Narvaez sufriria la pena que merecia, como la sufririan todos los que obedecian sus órdenes. El capitan entonces, desobedeciendo la disposicion del jefe del ejército y obsequiando el deseo del licenciado, se dirigió á Santo Domingo. La Audiencia, al escuchar de los labios de uno de sus miembros la conducta observada por los que habian dispuesto la expedicion, hizo un escrito exacto de todo lo acaecido, presentando de relieve la conducta desleal de Diego Velazquez y de su general y lo envió á la corte de España (2).

(1) Prescott pone la prision y embarque de Ayllon, antes que el sacerdote Guevara llegase á la capital de Méjico, y asegura que cuando el padre Olmedo llegó á Cempoala con las cartas de Cortés, «escribió al licenciado Ayllon, cuya partida ignoraba». Yo he seguido á Bernal Diaz, que la pone despues de la llegada siguiente de Guevara, pues dice: «Como el oidor vió las cartas de Cortés, (las que envió por el padre Olmedo) si de antes decia que aquella armada que enviaba era injusta,» etc.

(2) Se conserva esta relacion en el archivo de la Real Academia de la His-

Notable disgusto causó en las personas pensadoras, la medida violenta tomada contra un personaje distinguido de la real Audiencia. La disposición fué censurada por la mayor parte del ejército, y algunos respetables individuos insistieron en que debían escucharse las proposiciones de Hernán Cortés. Entre las personas que más sinceraban la conducta de éste, se hallaba el letrado Gonzalo de Oblanco, individuo de noble cuna y de rectos sentimientos. Pánfilo de Narvaez, siguiendo su conducta de rigor, mandó ponerle preso. Oblanco se exaltó con aquel acto arbitrario con él cometido, y murió á los cuatro días, de un derrame de bilis, por la indignación que causó en su ánimo recto la injusticia (1).

El rigor desplegado por Narvaez hizo que nadie se atreviese á pronunciar una palabra que pudiese desagradar al severo general.

Creyendo fácil y seguro el triunfo contra Cortés, manifestó al ejército su irrevocable resolución de hacer la guerra á su rival, declarándole traidor al rey. Anhelaba verle humillado y enviarle cargado de cadenas á la isla de Cuba.

Los cempoaltecas se sorprendieron cuando llegaron á comprender que los hombres blancos recién llegados se disponían á luchar contra los que con ellos vivían.

toria, entre los manuscritos del señor Vargas Ponce. Su título es: *Proceso y pesquisas hechas por la Real Audiencia de la Española á tierra nuevamente descubierta. Para el consejo de su majestad.*

(1) «Y por esto que le dijo, le mandó echar preso; y como el Gonzalo de Oblanco era muy noble, de enojo murió dentro de cuatro días.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

Entretanto, Gonzalo de Sandoval, dispuesto á morir defendiendo la plaza de la Villa Rica, en caso de ser acometido, construía á toda prisa las fortificaciones, y daba á Cortés importantes noticias respecto de lo que pasaba en el campo de Narvaez. Leales y valientes los pocos soldados que tenía, se introducían en número de dos ó tres, disfrazados de indios y pintados los rostros, en el campamento enemigo, observando y oyendo todo sin que nadie sospechase de ellos. De dos que eran bastante morenos, se valía generalmente Sandoval para adquirir noticias. Iban vendiendo ciruelas, ó yerba para los caballos. El corpulento Salvatierra, el que había prometido cortar las orejas á Cortés, les compraba muchas veces lo que llevaban, dándoles cuentas de vidrio. Los fingidos indios, queriendo vengar las injurias que profería contra su general, se apoderaron, una noche, de un hermoso caballo que tenía, y se volvieron á la Villa Rica con la apreciable presa. El burlado Salvatierra se desató en improperios contra los que entonces conoció que eran soldados de Sandoval (1).

También le dieron importantes noticias del campamento y del espíritu que en él reinaba, cinco soldados, parientes del licenciado Ayllon, que abandonaron las filas de Narvaez.

Instruido Hernán Cortés por Sandoval, de las disposi-

(1) «E fueron al rancho del bravo Salvatierra, é que les dió por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. E cuando hubieron vendido las ciruelas, el Salvatierra les mandó que le fuesen por yerba, creyendo que eran indios, allí junto... Y van á donde tenía el caballo, y con el freno que estaba junto con la silla le enfrenan y ensillan, y cabalgan en él.»—Bernal Díaz.

ciones que tomaba el general enemigo, comprendió que había llegado el momento de obrar.

Habia dado todos los pasos que juzgó necesarios para evitar un rompimiento. Se había valido de las personas mas respetables de ambos ejércitos para llegar á un avenimiento. Narvaez se habia negado á todo. Sobre él únicamente pesaba la responsabilidad de la sangre que se derramase y de los males que sobrevinieran. Así pensaba Cortés, y, en consecuencia, se apresuró á remitir al éxito de las armas la solucion del asunto.

A las amenazas y á los insultos de su rival, de que le dieron aviso, por medio de cartas, Sandoval y el padre Olmedo, no contestó ni con una sola frase mal sonante (1). Las frases injuriosas eran ajenas á su carácter y á su educacion. Su juramento era decir: «en mi conciencia»; en su enojo contra algun soldado: «¡oh, mal pese á vos!»; y en el caso de mayor exaltacion de cólera, que se revelaba en que se le hinchaba una vena en la frente y otra en la garganta, «callad», ó «idos con Dios». En estos casos de notable enojo, arrojaba una manta, y no pronunciaba palabra ninguna injuriosa contra nadie (2).

(1) «Y tenía Cortés tanto sufrimiento, que nunca dijo palabra mala al Narvaez». — Bernal Diaz del Castillo.

(2) «Cuando juraba decia: «En mi conciencia»; y cuando se enojaba con algun soldado, decia: «¡Oh, mal pese á vos!». Y cuando estaba muy enojado se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces, de muy enojado, arrojaba una manta, y no decia palabra fea ni injuriosa á ningun capitan ni soldado: y era muy sufrido, porque soldados hubo desconsiderados que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala; y aunque habia materia para ello, lo más que les decia

Narvaez se manifestaba intransigente. Considerándose con sobradas fuerzas para aniquilar á su rival, sin dificultad ninguna, manifestó su irrevocable determinación de marchar sobre Cortés, apoderarse de él y tratarle como traidor al rey. Pronto comprendió el cacique de Cempoala, lo mismo que sus vasallos, que los nuevos hombres blancos, aunque compatriotas de los primeros, eran enemigos de éstos. A dar toda la fuerza de verdad á su sospecha, vinieron bien pronto los hechos. Pánfilo de Narvaez ordenó al cacique cempoalteca, que le entregase las telas y las joyas que le habia dejado á guardar Hernan Cortés cuando salió de Cempoala para Méjico. El cacique manifestó que no se atrevia á entregar los efectos que tenia en depósito, temiendo «que le castigase Malinche, cuando volviera». Entonces le exigió imperativamente la entrega, haciéndole saber que Cortés era un rebelde á su rey. Grande fué la admiracion que produjo en los cempoaltecas la inesperada noticia, y pronto empezaron muchos de ellos á dejar de conducir víveres á la Villa Rica, declarándose por los que juzgaban legítimos enviados del monarca de Castilla.

Gonzalo de Sandoval puso en conocimiento de Cortés la intencion manifestada por Narvaez de ir sobre la capital de Méjico, y la actitud hostil que empezaban á tomar los nativos contra la guarnicion de Veracruz y en favor del general contrario.

Las noticias no podian ser mas alarmantes. Crítica era

era: «Callad, ó idos con Dios, y de aquí en adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, ó os haré castigar». — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

la situación en que se encontraba el caudillo español. Terribles las circunstancias que le rodeaban; pero en ellas brillaron de una manera notable su heroica constancia, su genio, su valor, su prudencia y su sagacidad. Se veía amenazado por todo el poder de la nación azteca si no salía de la capital en el instante que tuviesen contruidos los buques, y tenía á su espalda un ejército de sus mismos compatriotas, de triplicadas fuerzas al suyo, dispuesto á destruirle. La piedra del sacrificio por un lado; la prision y la vergüenza por el otro. Si esperaba á Narvaez en la capital, ningun mejicano, empezado el combate, se acercaría á sus cuarteles para llevarle víveres, mientras el enemigo que le cercaba podía proveerse de todo lo necesario y aun interesar á los habitantes en su favor, diciendo que se disponía á dejar libre al monarca y castigar al que le tenía prisionero. Si marchaba al encuentro de Narvaez, tenía que abandonar la ciudad, perdiendo todo lo que á costa de peligros y trabajos había adelantado. Si dividía la fuerza, demasiado corta ya, que formaba su escaso ejército, dejando una parte en Méjico y marchando con la otra á combatir á su contrario, era exponerse á sucumbir en ambas partes, por no poder atender á ninguna con los elementos mas indispensables. Era preciso elegir uno de los extremos, y el extremo que abrazó fué el último. Comprendía lo difícil, lo desesperado de su situación; pero nada era capaz de abatir ni de arredrar el espíritu de aquel hombre extraordinario. Lleno de fé en su causa, convocó á sus capitanes y principales soldados. Les informó de la buena disposición en que se hallaba la oficialidad y la tropa de Narvaez respecto de ellos, la poca vigilancia que había en

el campamento, y el disgusto marcado contra la guerra. En su concepto, lo conveniente era dejar una corta fuerza en la capital, custodiando á Moctezuma, para evitar un levantamiento, y situarse á poca distancia del campamento de Narvaez, procurando entablar de nuevo negociaciones. Si, como no era difícil, el general enemigo, viendo inclinada su gente hácia la paz, accedía á un avenimiento, quedaban en el alto lugar que les correspondía. Si insistía en la guerra, sus soldados no podrían batirse con entusiasmo; se rendirían fácilmente al ser sorprendidos, como estaba seguro de sorprenderles; y entonces podrían volver todos juntos, formando un solo ejército, á la capital, y asegurar para siempre los tesoros adquiridos y la dominación del imperio.

El pensamiento de Hernán Cortés fué admitido, sin titubear, por capitanes y soldados. Nadie pensó en la poca fuerza de que se podía disponer, sino en la fortuna del caudillo que había salido airoso, hasta entonces, de las mas peligrosas empresas.

El jefe español se entregó con actividad á preparar los elementos de que podía disponer para la guerra. Para poder combatir contra la caballería, meditó un medio que juzgó daría brillantes resultados. Los indios de la provincia de Chinantla, situada al Sudeste de Cholula, y enemigos de los mejicanos, se habían declarado, espontáneamente, hacia muy poco tiempo, vasallos del rey de España. Usaban en campaña una lanza mucho mas larga que los españoles, con dos brazos de cortante pedernal. Hernán Cortés mandó á un soldado llamado Tovilla, hombre muy práctico en el arte de la guerra, á pedir al cacique de la